

DOMINGO XXIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 9, 13-18): *Los pensamientos mortales son mezquinos.*

Salmo (89, 3-4.5-6.12-13.14 y 17): *«Señor, tú eres nuestro refugio».*

2ª lectura (Filemón 9b-10.12-17): *Recíbelo a él como a mí mismo.*

Evangelio (Lucas 14, 25-33): *El que no renuncia a todo, no puede ser discípulo mío.*

Hay pasajes de los evangelios que dejan poco lugar a dudas y no necesitan mucha explicación. Son fáciles de entender. La persona que se encuentra con Jesucristo, que experimenta su Palabra y quiere seguir la senda del Evangelio queda transformada radicalmente. Todo queda afectado y pasa a ser nuevo: Un nuevo modo de vivir, de actuar, de relacionarse, de sentir... El encuentro con el Señor siempre determina la vida del creyente.

Incluso en nuestra relación con las personas, hasta las más cercanas, queda afectada. Jesús siempre destaca, por encima de todo, la familiaridad con Dios. *«El que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre»* (Mt 12,50). Es la nueva familiaridad a la que nos invita, una fraternidad universal, referida a Dios y en la que todas las personas pasan a ser hermanos nuestros.

Estamos convocados a recorrer el camino de Jesús y a dejarnos orientar por Él. Jesucristo no evitó la cruz ni esquivó la dificultad. Su cruz fue la injusticia del mundo, el abandono de los suyos, el pecado de hombres y mujeres... Su cruz fue la Cruz y su entrega total transformó un instrumento de tortura en un signo de amor. Su victoria nos da vida y nos ayuda a vivir.

Nuestras cruces son más pequeñas, pesan menos, aunque nos resulten duras. Tomar la cruz y seguir los pasos del maestro supone no esquivar al prójimo, no rehuir nuestra responsabilidad social, afrontar las contrariedades desde el amor, recorrer el camino de la vida *«fijos los ojos en el Señor»*... La cruz, sin Jesús, es una tortura, pero con Él, es signo de amor y entrega.

Lo central para el cristiano es poner la confianza en el Señor y hacer de Él el centro de nuestra vida. Todo lo demás pasa a un segundo plano, especialmente aquello que empaña nuestra fe: los bienes, el prestigio, la fama, las seguridades... El mayor bien que tiene un cristiano es su encuentro con Cristo, su mayor prestigio es vivir el amor y el compromiso con los demás, la mejor seguridad es saber que Dios nos sostiene.

Nuestra historia de fe tiene muchos capítulos y experiencias, en ocasiones hemos cogido la cruz pero en otras la hemos rechazado. Hoy, al escuchar este mensaje, nos sentimos llamados a renovar nuestro compromiso con el Señor y nuestra vocación de ser seguidores suyos, aunque a veces nos cueste. Queremos tomar la cruz de Jesús, junto a Él, su fuerza será nuestra fuerza.

Desde el principio de su actividad pública empezó Jesús a reclutar seguidores que le acompañaban en calidad de discípulos. Se fueron haciendo cada vez más numerosos y, años más tarde, comenzaron a llamarse "cristianos". Ser cristiano es haber optado por Cristo con preferencia a otras posibilidades y esa opción incluye compromisos de por vida. Cada uno debe saber y recordar con frecuencia a qué se ha comprometido.

Ignacio de Loyola escribió en el principio y fundamento de sus Ejercicios: *«El hombre es creado para alabar y servir a Dios. Y todas las demás cosas están creadas para que le ayuden a conseguir ese fin. Por eso debe usarlas en la medida que le ayuden y prescindir de ellas en la medida en que le impidan o dificulten el camino hacia el fin de Dios»*. Hay aquí un eco del texto evangélico en el que se significa "amores subordinados al Amor preferencial".

Cuando Jesús es lo principal en la vida de un cristiano se comprende la necesidad de seguirle por amor cargando con la cruz o cruces y la necesidad de renunciar a todo lo que puede convertirse en obstáculo para el seguimiento. Esto, supone una decisión deliberada y marcadamente personal.

Pudo haber épocas en la vida de la Iglesia en que todos iban por el mismo camino y profesaban la misma fe. Se vivía, como vivían los demás y la fe era un producto favorecido por el medio. En este medio social lo que podía facilitar la práctica de vida cristiana perdía autenticidad de convicciones personales. Nuestra sociedad es culturalmente múltiple y moralmente permisiva. Coexisten opiniones, usos, caminos... de los que no todos parecen ser caminos de Dios.

Sobre este riesgo prevenía severamente Jesús: *«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha»*. Hay que aprender a distinguir la voz de Dios de las voces que no hablan su lenguaje ni en su nombre. *«No os dejéis convencer por los enemigos de la cruz...»*. Un cristiano adulto necesita ser hoy inteligente y proceder con inteligencia. Debe pensar: Entre mí y mi Dios existe un punto en el que me encuentro solo, como individuo libre, ante Dios mi creador tengo que responder de mis decisiones. Sin decisión consciente y personal, los influjos del medio social ayudan poco si es que ya no estorban mucho.

La celebración eucarística dominical tiene una función bien precisa: clarificar las convicciones, robustecer la voluntad en la lucha contra el cansancio y encender el amor del objetivo que buscamos.